

Capitulo_00 - Prologo

"No vine a traer paz, sino espada." — Mateo 10:34

"La verdad es subversiva. No porque se lo proponga, sino porque es verdad." — Simone Weil, *El arraigo*, 1943

Prólogo: La Batalla que Ya Fue Ganada

Hay momentos en la historia en que el aire cambia antes de que nadie sepa nombrar lo que está cambiando. Momentos en los que la rueda que se mueve es la rueda grande.

Este es uno de esos momentos. Lo que se está terminando no es solo un orden geopolítico ni un ciclo económico —aunque también eso. Lo que se está terminando es la pretensión de que el mundo podía ser gobernado sin alma, administrado sin misterio, ordenado sin la dimensión de lo sagrado que los imperios del desencantamiento llevaban tres siglos intentando expulsar del espacio público. Esa pretensión está fallando. No porque alguien la haya derrotado en un debate —sino porque la realidad no la sostiene. El vacío que ha producido es demasiado visible, demasiado doloroso, demasiado extendido para seguir siendo explicado como efecto secundario del progreso.

Y ante este vacío, de repente como respuestas y golpe de realidad, inesperadas apelaciones escatológicas del final de los tiempos, la posibilidad real de destrucción total y la emergencia de una nueva promesa sintética y digital que redefine la posición y hasta el significado del hombre en el mundo.

Este libro es una mirada alternativa o complementaria a esta nueva realidad irrefutable para que desde una perspectiva más amplia pero también concreta quizás se activen algunos resortes internos e intuiciones que permitan enarbolar un camino plausible y urgente desde unas geografías concretas.

Escribo desde la perspectiva personal que mi vida me ha dado, tras 45 años de cuestionamiento y determinación, procesada por la última de las invenciones humanas. La perspectiva de un gallego formado en la tradición católica y la cultura occidental que descubre que la herencia que Occidente le transmitió y con la que se construyó el mundo moderno está incompleta, y que las piezas que faltan no se perdieron por accidente. Se difuminaron —o se corrompieron y suprimieron— porque su presencia era incompatible con cierto orden del mundo que necesitaba almas desconectadas de su raíz para poder ser controladas. Recuperarlas no es nostalgia. Es honestidad histórica al servicio de una necesidad presente.

Escribo en español, mi lengua materna. Lengua en la que Salamanca trascendió a Roma, apuntando al Derecho de Gentes; la lengua en que la mística islámica habló latino en Ávila y en la que, cautivo en Argelia, se aterrizó de manera magistral el arquetipo de la *mística en acción* y la *locura sagrada*. La lengua en que Sor Juana escribió lo que el obispo no quería que se escribiera. También la lengua que la industria cultural contemporánea ha apuntado como siguiente frontera de vaciamiento. Este libro es una respuesta a esa operación con la certeza de que lo que nació en el barro no puede ser confiscado por quienes solo respetan el mármol.

La tesis de este libro es sencilla en su formulación y radical en sus implicaciones.

Hay una promesa que recorre la historia de la humanidad desde sus orígenes africanos: la alianza entre lo divino y lo humano que no depende de ningún linaje, de ningún Estado, de ninguna institución que pretenda administrarla. Una promesa que los marginados reconocieron antes que los poderosos porque los marginados no tenían nada que perder en el reconocimiento. Los Habiru (Hebreos) del Levante antiguo — los desposeídos, los que vivían en el polvo de los márgenes de las ciudades-estado del Bronce Tardío — fueron los primeros en darle nombre. No porque fueran una raza elegida. Sino porque eran los que aceptaron una alianza que pedía fe y obediencia, no pureza de sangre.

Esa promesa tiene un origen más antiguo que el Levante o por lo menos comunica más allá de esa frontera geográfica. Esta promesa bebe de África, en el valle del Nilo, donde Kemet articuló por primera vez la idea de que la justicia cósmica y la ética humana son inseparables — que el cosmos mismo castiga la injusticia, que no hay ritual que sustituya a la rectitud, que el alma del gobernante y el alma del esclavo son pesadas en la misma balanza. De ahí viaja hacia el norte y hacia el sur simultáneamente: hacia el Levante y Grecia por el Mediterráneo, hacia los reinos del poniente africano por las rutas del Sahara y los ríos del interior. La teología Akan de Nyame, el culto a los ancestros de los yoruba, la espiritualidad de la tierra de los pueblos bantúes: no son derivaciones del monoteísmo semítico ni estadios previos en una evolución religiosa hacia él. Son respuestas independientes a la misma dimensión de lo real, formadas en el mismo continente que las engendró, conservadas silenciosas pero fervientemente en los márgenes de la civilización moderna por ser demasiado poderosas o estar demasiado lejos para ser domesticadas del todo.

Y luego está Iberia.

España y Portugal no son el centro de este libro en el sentido en que el Imperio los haría centro. Son el laboratorio — el espacio donde la herencia africana, original y filtrada por el Islam, encontró a Roma y luego a América, donde la síntesis que ningún proyecto imperial del norte de Europa podía tolerar siguió produciéndose a pesar de todo. No porque Iberia fuera más virtuosa — sus crímenes están documentados en estas páginas sin disimulo. Sino porque era estructuralmente incapaz del desencantamiento total. Llevaba demasiadas

capas — celta, árabe, judía, africana, indígena americana — como para que el vaciamiento fuera posible de una sola vez.

La Hispanidad que este libro convoca no es el Imperio que tomó. Es la síntesis que destiló y devolvió: tomó la Cruz y la hizo morena en el cerro del Tepeyac, tomó el misticismo islámico y lo destilaron Juan de la Cruz y Teresa de Ávila, tomó el tambor africano y lo transformó en flamenco sin perder el duende que venía de más lejos que Sevilla. No como virtud consciente — como consecuencia inevitable de una civilización que había respirado demasiado para poder olvidar.

A lo largo de la historia, el poder ha ejecutado una operación que este libro examina capítulo por capítulo: no destruir la promesa — que es indestructible — sino apropiársela. Roma en Nicea convirtió el fuego en burocracia. La masonería ilustrada vació los símbolos egipcios de su raíz africana y los puso al servicio del racionalismo de élite. El sionismo secular instrumentalizó la narrativa de los Habiru — los desposeídos, los sin-tierra — para justificar el desplazamiento de otros desposeídos. La industria cultural contemporánea convirtió el blues en producto, el hip-hop en trampa, y apunta ahora a la hispanidad y a África como su próximo objetivo.

El patrón es siempre el mismo. El poder que no puede destruir lo sagrado intenta poseerlo. Y al poseerlo lo pierde — porque lo sagrado no es una sustancia ni un código ni un algoritmo. Es una relación y un ofrecimiento. Y las relaciones profundas no se administran, se habitan.

Este libro dice No a esas apropiaciones. No como gesto de resentimiento hacia ningún pueblo ni ninguna tradición. Sino como claridad: la promesa no tiene dueño. Nunca lo tuvo. Y los que han intentado hacerse con ella han producido, invariablemente, lo contrario de lo que prometían.

El libro que sigue está escrito para los que están entre dos mundos y no se reconocen completamente en ninguno. Para los latinoamericanos que llevan apellidos españoles y ritmos africanos y palabras indígenas en la misma oración. Para los afrodescendientes que ven en el mundo hispanohablante un espejo que les devuelve algo de lo suyo sin que nadie haya explicado cómo llegó ahí. Para los españoles y portugueses que sienten que su historia es más larga y más rica de lo que les han enseñado y para los que todavía no han reconocido esta riqueza y apelan únicamente a don Pelayo e Isabel, dejando claro que la herida de los últimos dos siglos todavía no está cerrada. Y para los africanos que sienten que hay una conversación pendiente y posible en un mundo que toca el Mar Rojo, acaricia el Mediterráneo, atraviesa desiertos, sabanas y selvas, cruza el Atlántico y alcanza el Pacífico.

Y también para todos los que, en cualquier lengua, intuyen que algo esencial falta y puedan refrescarse con esta mirada.

La promesa no se apaga. Empieza en África, pasa por el Nilo, conversa con el Levante, brilla en Al-Ándalus, se hace morena en América, canta en flamenco y en tambor y en quena. Y vuelve a África — no como conquista ni como regreso, sino como reconocimiento: el Omega que ya estaba en el Alpha.

La integridad es nuestra espada. No la que mata. La que corta la mentira.

Y la batalla, como este libro intenta demostrar, ya fue ganada — aunque todavía tenga que manifestarse en la tierra.
